

EL PALACIO NACIONAL.

El Palacio llamado nuevo ó principal del monarca mexicano Moctezuma, ocupó el mismo sitio que ocupa ahora el Palacio Nacional, con sus anexos que comprenden el museo, correo, recaudación general de contribuciones del Distrito Federal, habitación particular del Presidente de la República y cuarteles; pero el Palacio del rey azteca era mucho mayor, pues extendía su área hasta la plaza del Volador, la ex-Universidad y las demás casas que se hallan en la manzana donde estuvo este primer plantel de instrucción superior.

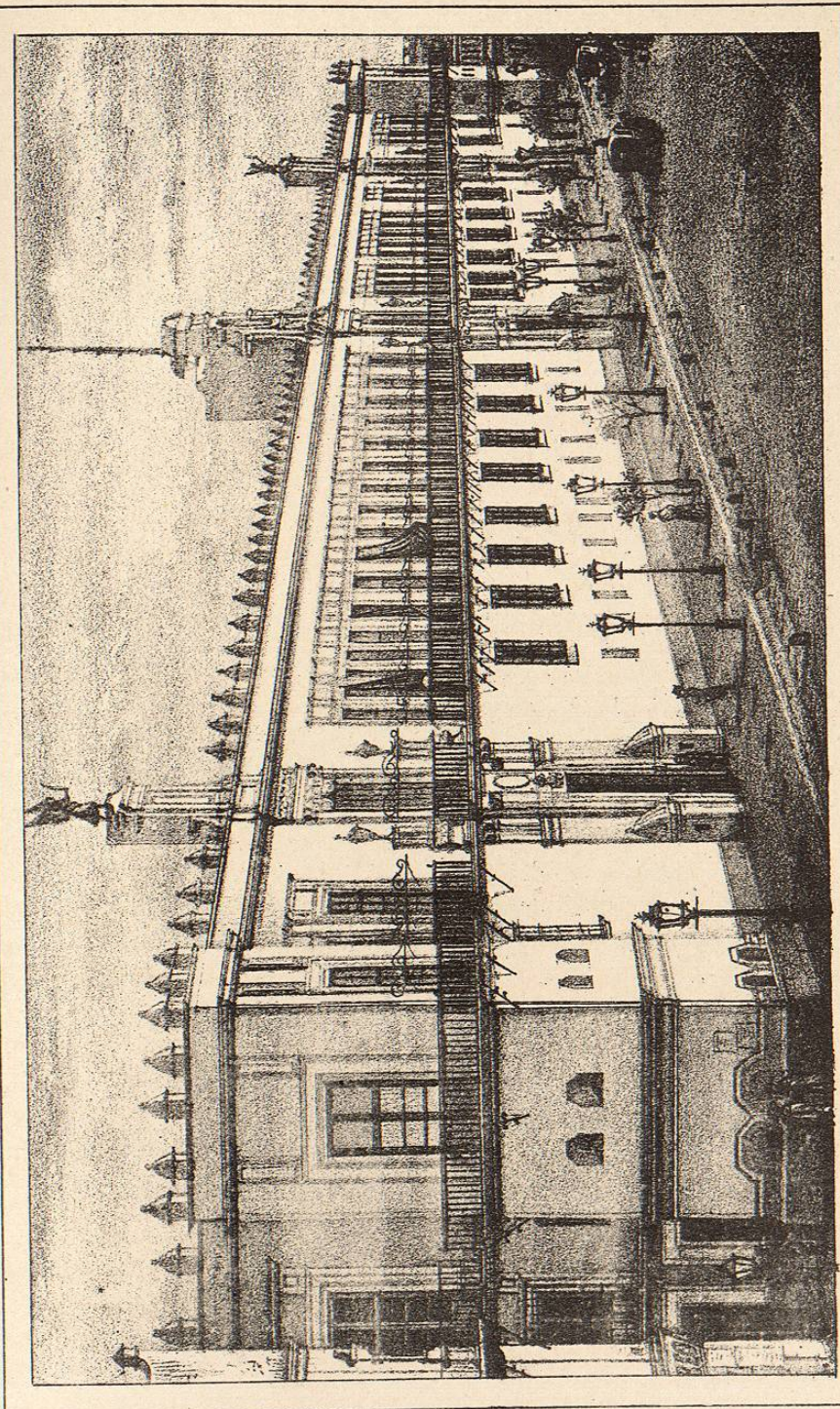
También tuvo Moctezuma otro Palacio, que se llamaba el viejo, donde hoy está el Montepío Nacional, en la manzana que forman las calles del Empedradillo, Tacuba, Plateros y San José el Real. En este conservó Cortés sus habitaciones particulares, y no quiso venderlo á su rey.

Tanto el Palacio antiguo, como el nuevo que pertenecieron al rey gentilico, fueron cedidos en propiedad al conquistador,¹ por esto es que desde el establecimiento de la primera Audiencia, pidió Carlos V á Cortés que franquease alojamiento en sus casas para los oidores, las salas del tribunal y demás oficinas, pues el gobierno no tenía edificio propio que destinar á esos usos.

Pero no podían continuar los vireyes usando por favor los edificios de la propiedad de Cortés y solicitó de la Corte D. Luis de Velasco, primer virey de este nombre, que se les comprara á los descendientes de Cortés las casas extensísimas que formaron el nuevo Palacio de Moctezuma. En efecto la compra fué hecha en el reinado

1. Real cédula fechada en Barcelona en 6 de Julio de 1529.

México Pintoresco = Palacio Nacional



GR. DE MURQUA

SIGLO XIX=1880
Frente del Palacio Nacional.

de Felipe II¹ y quedaron señalados los linderos que hasta hoy forman la manzana en que están ubicados los diversos departamentos que forman el Palacio. El precio de la compra fué de 33,300 pesos de nuestra actual moneda, pagado por las cajas reales. Lo vendido por ese precio fué: "las casas que D. Martin tenia en la ciudad de México, con los suelos y solares que están pegados á ellas, é con la piedra é madera que está en las dichas casas para el efecto de ellas, é todo lo demás que á ellas pertenece, con mas el derecho é auccion que por causa de las dichas casas se puede ó debe tener á la plaza que está delante de ellas."

En la misma escritura de venta están marcados los linderos de la siguiente manera: "De la una parte, delante de la puerta principal, la dicha plaza; é por la otra parte, por un lado, que es el derecho, la calle que dicen del Arzobispado; é por la otra parte, la acequia é agua que viene por delante de la audiencia de los alcal-des ordinarios y casas del Cabildo é fundicion, é para adelante, por el dicho lado de las dichas casas, é por el otro lado, la calle real que viene del hospital de las bubas, que á la esquina é remate de la calle están las casas que solian ser de Domingo Gómez y agora son de Juan Guerrero, y tienen una torre, y en la misma acera del dicho Juan Guerrero están las casas Arzobispales: de manera que tienen estas casas nombradas (las vendidas) por linderos la calle en medio, de manera que toda está en cuadra y el remate de la dicha casa confina esquina con esquina con las casas de Martin de Aranguren, que es lo que está por labrar y edificar en dichas casas." Expresábase además, que la parte que quedaba al otro lado de la acequia, no entraba ni se comprendia en la venta, sino que quedaba en propiedad al Marqués y sus sucesores.

La Real Cédula prevenia que no habiendo necesidad del edificio de la fundicion que estaba junto á las casas de Cabildo, se vendiera para que su producto ayudara al pago del precio de la casa nuevamente comprada y habiendo un gran pedazo sin edificar, frente al Palacio Arzobispal, se le mandó al virrey informara si allí podrian establecerse tiendas ó fabricar casas para arrendarlas. Para los gastos de reparaciones necesarias en tan extenso edificio, fueron concedidos al virrey doscientos cincuenta pesos anuales del fondo de penas de cámara.

En consecuencia, en 19 de Agosto del mismo año, (1562) en presencia de Pedro de Ahumada Sámano, gobernador del Estado y Marquesado del Valle, tomaron posesion del edificio, los oficiales reales D. Fernando de Portugal, veedor, y Ortuño de Ibarra, tesorero, ante el alcalde Juan Enriquez Magariño y fué ocupado el Palacio Nacional por el virrey y algunos oidores, estableciendo las oficinas del sello, el registro y además la cárcel y la fundicion; desocuparon el virrey y la Audiencia, la casa del Empedradillo que Cortés les habia prestado para que allí residieran.

El primer preso notable que estuvo en las casas reales, fué, por una de esas coincidencias del Destino, el Marqués del Valle, hijo del conquistador. Gober-

1. Cédula firmada por Francisco de Eraso a 22 de Enero de 1562; la escritura fué otorgada en Madrid el 29 del mismo mes y año, ante el escribano Cristóbal de Riano.

naba la Audiencia en 1566, cuando se le denunció que los amigos del Marqués iban á proclamarle rey de México; el Acuerdo resolvió apoderarse de los conspiradores y envió un recado al Marqués, rogándole que pasara á la Sala por haberse recibido despachos del rey, que le interesaba conocer. El Marqués se presentó y apénas habia tomado asiento en un taburete de raso que se le habia preparado, cuando acercándosele uno de los oidores, le dijo:

—“Marqués, sed preso.”

—“¿Por qué tengo de ser preso? replicó con sorpresa el Marqués.”

—“Por traidor á Su Magestad.”

Entónces el Marqués, empuñando la daga, gritó:

—“Mentís; yo no sey traidor á mi rey, ni los ha habido en mi linaje.”

No obstante, fué desarmado y quedó preso en las casas reales, y en seguida fué trasladado á España con su familia.

Otra vez presenció el Palacio Real un audáz golpe de política. Hallábase en 1642 muy contenta la Nueva-España con el gobierno del Marqués de Villena, quien por su afabilidad y buen trato habia logrado atraerse las voluntades, cuando de pronto se presentó el Visitador venerable D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles, encargado de destituir del mando al Marqués de Villena. Puesto de acuerdo Palafox con pocos amigos, se introdujo á Palacio el 9 de Junio, vigilia de la Pascua de Espíritu Santo, y haciendo llamar á los oidores y al escribano Luis de Tobar, en su presencia fueron leídos los despachos del rey en que se mandaba á Palafox tomar posesion del vireinato y de compeler al Marqués de Villena para que pasara á la Corte á dar cuenta de su conducta. Todos protestaron que obedecerían y tambien hicieron igual protesta varios nobles caballeros, entre ellos el mariscal Tristan de Luna. Antes que rayara el alba, fué el oidor Andrés Prado de Lugo á notificar á Villena la cédula real. El obispo hizo ocupar con tropas las avenidas de Palacio, aunque no hubo necesidad de la fuerza, pues el virey se retiró ocultamente al convento de descalzos de Churubusco. Se le embargaron los bienes y las alhajas fueron rematadas en almoneda pública. Los cargos que se le hicieron á Villena, se reducian á que era adicto á los portugueses, pues en cierta ocasion tratándose de dos caballos, uno español y otro portugués, dijo: *Mejor es el de Portugal.*¹

En el Palacio Nacional fueron aumentando las habitaciones, pues al principio solamente las tenia hácia el frente de la plaza, ocupando una grande extension el jardin y huertas; hasta concluir el siglo XVII tenia el aspecto de una fortaleza provista de artillería en las dos torres ó bastiones de los ángulos que aun se conservan y con troneras para fusilería, dispuesto todo para la defensa.

1. Cabot 1.º, 2.º, pl. 15.

Tal era el Palacio Nacional hasta el 8 de Junio de 1692, en que fué incendiado á consecuencia del tumulto habido contra el virey D. Gaspar de la Cerda, conde de Gelves.

La cosecha de trigos se habia perdido el año de 1691 en toda la Nueva-España; motivó tal desgracia, segun dijeron los astrólogos, el famoso eclipse de sol acaecido el 23 de Agosto de ese año memorable, en el que se dijo que los gallos habian cantado á las nueve de la mañana, porque la oscuridad que produjo la interposicion de la luna entre la tierra y el sol fué completa.

Aun las familias que estaban acostumbradas á ciertas conveniencias, tuvieron que sustituir el pan de trigo por la tortilla de maíz; en consecuencia este efecto encareció y los que lo tenían, escondíanlo para que subiera aún mas de precio; la codicia es semejante á las ondas que produce una piedra al caer á un estanque, tanto se estiende que muere en su propia grandeza.

La carga de maíz que valia dos pesos subió á siete; el virey, marqués de Gelves, se vió en extrema dificultad; ¿qué hacer? ni el recurso de sembrar el trigo llamado *blanquillo*, que daba ciento cincuenta por uno, porque el cultivo de este grano estaba prohibido por leyes civiles y eclesiásticas.

—¿Qué hacer?

Envió al Interior agentes que compraran en Celaya y Salvatierra todo el maíz que fuera posible, para que la Alhóndiga de esta capital estuviera siempre provista; mil fanegas diarias se repartian en la ciudad, y los depósitos bastaban; parecia conjurado el peligro hasta que llegara la próxima cosecha.

Habia sin embargo un mal: los que repartian el maíz eran déspotas, arbitrarios y crueles: trataban á palos y golpeaban á los que acudian á recibir el beneficio público; tal conducta exasperó los ánimos, aun de aquellos indígenas que parecian estar sumerjidos en la mas ciega abyeccion.

Cuando un grupo de nobles y ricos supieron que habia ciertas señales de alarma, en una conversacion habida en la tertulia del virey, en el salon de recepciones, algunos exclamaron:

—“Esa es borrachera de los indios; á las tres de la tarde no hay uno solo que no esté borracho.”

La conversacion siguió sobre el pulque y otros asuntos; todos se retiraron muy satisfechos, con aquella beatitud que se debió á una larga era de paz y tranquilidad que aquí se disfrutó; el virey amenizó el domingo 8 de Junio con un paseo vespertino á San Agustin y la vireina, enfermiza como era, fué á respirar el saludable aire de San Cosme. Terminada la procesion de San Agustin, fuése el virey á la procesion que tambien se verificaba el mismo dia en San Francisco.

¡Quién se habia de figurar, ni en sueños, lo que á poco iba á acontecer!

Miéntas que el virey formaba en la procesion, en la plaza acontecian sucesos extraordinarios: una tropa de indígenas de ambos sexos, dando alaridos, llevaban car-

gada á una indígena que parecia estar muerta; se dirigieron á la casa del Arzobispo en donde ya eran mas de cuatrocientos los quejosos que iban á manifestar á Su Ilustrísima, de qué manera eran tratados los que iban á buscar que comer, pero sus quejas fueron desatendidas; era preciso que el maíz estuviera caro y el virey habia hecho lo bastante con procurar que en la Alhóndiga no faltara el grano, acabando Su Ilustrísima por negarles la razon para quejarse.

El tumulto crecia y las palabras del Arzobispo no hicieron mella en el ánimo de los amotinados, que gritaban vivas á *su rey natural* y mueras á *los gachupines*. Los soldados de la guardia de Palacio reian de aquello que creyeron borrachera; pero fueron cambiando de fisonomía cuando notaron que las piedras chocaban en las ventanas de Palacio y percibieron claramente las voces de ¡viva nuestro rey!

El capitán Pedro Manuel de Torres, que en los primeros momentos del tumulto estaba en su cuarto, acudió prontamente al cuerpo de guardia y gritó:

—A las armas; enciendan las mechas.

A la cabeza de veinte soldados y espada en mano, salió á contener á los indígenas que ya hacian impulsos para penetrar al Palacio, con intencion de incendiarlo y de repartirse el dinero de las cajas reales. En el primer encuentro fueron rechazados hasta la Catedral los amotinados, que encontraron un punto de apoyo en el cementerio; los soldados retrocedieron á Palacio y se unieron con sus compañeros, formando un total de setenta y ya se disponian á una nueva investida, cuando se presentaron nuevos y numerosos grupos de amotinados procedentes de los barrios de San Juan, Santiago y San Sebastian.

Entónces no quedó mas arbitrio que cerrar las puertas de Palacio, ménos la principal, pues eran cinco: la del Volador, la de los consejos, la de los cuarteles, la del parque y la del jardín; algunos mosqueteros fueron colocados en las azoteas para dominar á los amotinados que se ocultaban entre los cajones y jacaes que en la plaza habia. El capitán dió una nueva carga sobre mas de dos mil que llenaban la plaza, y entretanto los asaltantes prendieron fuego á todas las puertas que estaban cerradas, siendo primeramente incendiadas las del Volador y los consejos. El capitán Torres caia á la sazón lastimado de una pedrada en el pecho, y con trabajo fué retirado del peligro en que estuvo de ser asesinado; los amotinados aumentaban por las calles de la acéquia y el parque y arrimaban escalas á las paredes para tomar el Palacio por asalto; ascendieron algunos, en tanto que los soldados no pudieron atender á quitar las escalas; el fuego fué aplicado tambien á la puerta principal y á la de la cárcel que estaba inmediata, la multitud aumentaba y la noche, con sus sombras, comenzaba á dar al tumulto un aspecto aterrador, pues cosa de ocho mil indígenas rodeaban el Palacio, á donde solamente el Arzobispo acudió en coche, pero tambien fué recibido á pedradas y tuvo que regresar á su Palacio. ¡Las multitudes exasperadas no han reconocido jamás el freno del respeto.

El fuego fué llevado tambien á los cajones de la plaza, casas de Ayuntamiento y Alhóndiga; siendo de madera los primeros, pronto se convirtió la plaza en voráz incendio.

Los vecinos ricos permanecian encerrados en sus habitaciones y dejaban que el tiempo resolviera las dificultades.

—¡Cierren bien las puertas! ¡Los indios se han levantado!

Estas eran las solas frases que solian comunicarse los vecinos. Sin embargo el conde de Santiago, acompañado de cinco camaradas á caballo, se presentó en Palacio á las ocho de la noche, y aunque pretendió batir á los amotinados, no halló quien lo siguiera y se dirigió á San Francisco para dar cuenta al virey de lo que acontecia; ya todas las tiendas de la plaza habian sido saqueadas, uniéndose á los indígenas los mulatos, mestizos y demás castas que constituian la plebe de la capital.

Tambien los frailes quisieron intervenir para contener el tumulto, pero nada lograron, ni con haber puesto el Sacramento frente á la puerta principal de Palacio, presentándose en procesion con cristos, imágenes de la vírgen y otros santos.

Entretanto el fuego cundia en Palacio y amenazaba acabar con todo lo que allí habia, influyendo apenas en contenerlo las cortaduras que hacian los que se dedicaban á apagarlo; el botín fué lo único que hizo alejar á los amotinados, que cargados y temiendo perderlo, comenzaron á abandonar la plaza y calles cercanas.

—Eran las diez de la noche, cuando no se percibia ya el clamoreo popular.

Entónces se fueron presentando los vecinos y contribuyeron con sus esfuerzos á detener los extragos del fuego.

Profunda fué la alarma en el resto de aquella noche, aumentando de tiempo en tiempo por el chisporroteo que formaba la hoguera mal apagada, por los pasos de los centinelas y el ruido que hacian las paredes que se derrumbaban por haber quedado en falso con las muchas cortaduras que se habian ejecutado. Salváronse las cajas reales, cercanas á la contaduría y puerta principal; tambien las habitaciones del virey, quemándose solamente un gabinete de la vireina; pero no siendo posible atender á todos lados, el fuego quemó toda la cárcel, las salas de los tribunales civiles y militares y la armería; salvóse solamente parte del local de la Audiencia.

—Cinco dias despues aun duraba el fuego, pero limitado ó reducido á determinados sitios.

El virey y la vireina abandonaron al siguiente dia el convento de San Francisco, donde se habian refugiado; en ese dia fueron arcabuceados cuatro indígenas, siendo la ejecucion frente á Palacio que aun ardia, al son de cajas. Varios dias permanecieron colgados de la horca los cadáveres.

Con motivo de este incendio, fué preciso reedificar el Palacio y entónces perdió en gran manera el aspecto de una fortaleza, pues segun hemos dicho, parecia destinado á ella, teniendo artillería en las dos torres ó bastiones de los ángulos y troneras para fusilería en todo el frente. Los vireyes residieron otra vez, por muchos años, en la casa de los marqueses del Valle, en el Empedradillo, hasta que se concluyó la reedificacion del Palacio nuevo, junto al cual se construyó la casa de moneda; á principios del presente siglo, fué segregada una gran parte del jardín botá-